

Minicuentos y textos breves en la literatura venezolana del siglo XX

Violeta Rojo

Las catalogaciones por lo general son difíciles. En la literatura de fin de milenio, las formas textuales están de tal manera imbricadas unas con otras que hacer una distinción de género ha terminado convirtiéndose en un ejercicio complicado y muy falible, en el que siempre se dejan cabos sueltos. Pero si la clasificación genérica y la teorización son ejercicios complejos, también lo son las periodizaciones de un fenómeno literario. Así, en los años 90, nos resulta fácil establecer diferencias entre las expresiones literarias de los 70 y los 80, por dar un ejemplo, pero es probable que dentro de 100 años estas fronteras se diluyan y no sean tan perceptibles como ahora.

Hace un tiempo, consideraba que entre el minicuento y un cuento corto existía una diferencia muy sutil, pero al mismo tiempo inequívoca. Pensaba que los cuentos cortos son cuentos breves, mientras que los minicuentos son narraciones muy breves con un desarrollo veloz, un final sorpresivo y que se cierran de una manera muy precisa. Ahora ya no tengo certezas, la única que me queda es que hay textos más breves que lo habitual. La longitud, quizás es lo único que los distingue de otros textos, brevedad que, a su vez, viene dada por escogencias temáticas particulares y decisiones estilísticas que requieren poco espacio. Cuando se intenta parodiar fábulas, definiciones de diccionario, bestiarios o proverbios se escriben textos breves. No hay otra manera de hacerlo ya que la temática no permitiría otra extensión. También hay

autores que, simplemente, escriben breve. Quizás por ser artífices depurados del buen decir, no se dedican a largas extensiones.

Como en la vida misma, hay buenos y malos minicuentos. El minicuento comparte con la poesía la maldición de su brevedad. Cualquiera se siente en el derecho de perpetrar versos y minicuentos de la manera más impune, en cambio, a la hora de hacerlo con una novela supongo que lo piensan un poco más. Es por ello que, de aquellos ejemplos deliciosos de los años 70, se degeneró en una fórmula, la del minicuento de final sorprendente, que incluso tenía un sonsonete particular (una especie de escala ascendente y luego descendente). En estos minicuentos hechos por receta, las referencias intertextuales se han ido banalizando y haciendo cada vez más fáciles, no hay cuidado por el lenguaje, sino sólo el facilismo de crear un texto corto muy rápidamente, se usa hasta el hartazgo la estructura especular, las referencias al sueño y la realidad, incluso al chiste elemental. En este sentido, el minicuento ha muerto, ahogado por los miles de ejemplos hechos según receta, que suenan igual y que funcionan como un cliché. Sin embargo, si desbrozamos la hojarasca, veremos que la expresión literaria que nos ocupa, ya se llame minicuento, texto breve o minificción del siglo XX, se mantiene y podremos observar que, a la larga, durante todo este siglo, los textos breves han mantenido rasgos comunes: la brevedad, por supuesto; referencias intertextuales o culturales; buena escritura. Me gustaría ejemplificarlo, haciendo un panorama del minicuento en Venezuela durante el siglo XX.

El precursor de la narración breve en Venezuela es José Antonio Ramos Sucre (Cumaná, 1890-Ginebra, 1930) es, a mi parecer, el escritor venezolano más importante de este siglo. Su obra, muy breve, que consta sólo de tres extraordinarios libros (*La Torre de Timón* (1925), *El cielo de esmalte* (1929) y *Las formas del fuego* (1929) es totalmente original e inubicable en su contexto, densa, cosmopolita, plena de erudición clásica, oscura en su temática y volcada a la

perfección estética. Como es obvio, teniendo en cuenta el carácter proteico del minicuento, Ramos Sucre es autor de una obra que a veces es considerada poética, otras narrativa. Desde los años 30 hay una pugna entre considerar a Ramos Sucre narrador o poeta. En algún momento era considerado un narrador al que los de avanzada pensaban poeta, ahora es institucionalmente un poeta, al que nuevas lecturas tratan de narrador. Angel Rama discutía que los de Ramos Sucre no pueden ser llamados poemas en prosa ni cuentos, ya que manejaba recursos de ambos, aunque algunos son más cuentísticos y otros más poéticos. Rama dice que sus textos están más cerca del relato (del récit) "en lo que éste tiene de expresión indistinta de múltiples géneros, pues está en la poesía (...) en la novela, en el teatro, en las series de imágenes que componen un filme, en cualquier manifestación secuencial donde los distintos elementos componentes funcionan como eslabones que se articulan lógicamente entre sí para formar una cadena" (Rama, 1978, 42)

Este texto, del libro *Las formas del fuego*, se titula:

El Raja

Yo me extravié, cuando niño, en las vueltas y revueltas de una selva. Quería apoderarme de un antílope recental. El rugido del elefante salvaje me llenaba de consternación. Estuve a punto de ser estrangulado por una liana florecida.

Más de un árbol se parecía al asceta insensible, cubierto de una vegetación parásita y devorado por las hormigas.

Un viejo solitario vino en mi auxilio desde su pagoda de nueve pisos. Recorría el continente dando ejemplos de mansedumbre y montado sobre un búfalo, a semejanza de Lao-Tsé, el maestro de los chinos.

Pretendió guardarme de la sugestión de los sentidos, pero yo me rendía a los intentos de las ninfas del bosque.

El anciano había rescatado de la servidumbre a un joven fiel. Lo compadeció al verlo atado a la cola del caballo de su señor.

El joven llegó a ser mi compañero habitual. Yo me divertía con las fábulas de su ingenio y con las memorias de su tierra natal. Le prometí conservarlo a mi lado cuando mi padre, el rey juicioso, me perdonase el extravío y me volviese a su corte.

Mi desaparición abrevió los días del soberano. Sus mensajeros dieron conmigo para advertirme de su muerte y mi elevación al solio.

Olvidé fácilmente al amigo de antes, secuaz del eremita. Me abordó para lamentarse de su pobreza y declararme su casamiento y el desamparo de su mujer y de su hijo.

Los cortesanos me distrajeron de reconocerlo y lo entregaron al mordisco sangriento de sus perros.

Después de Ramos Sucre, la narrativa breve descansa durante cuarenta años. Alfredo Armas Alfonzo (Clarines, 1921-Caracas, 1990) es considerado por Sequera y Miliani como el iniciador del minicuento en Venezuela con su libro *El osario de dios* (1969). Este libro de difícil adscripción genérica (no sabemos si son minicuentos, un conjunto de relatos breves o una novela fragmentada) está compuesto por 158 textos cortos, cuya temática está estrechamente ligada a la del resto de la producción de Armas Alfonzo: el localismo, la narración de historias como lo hacían las abuelas, la vuelta a las raíces del pueblo como lugar geográfico y mítico, las leyendas

familiares como fuente de inspiración. Armas Alfonzo prosiguió publicando libros de minicuentos o novelas fragmentarias. Utilizó la misma estructura en *Siete güiripas para Don Hilario* (1973), *Cien máuseres, ninguna muerte y una sola amapola* (1975) y *Los desiertos del ángel* (1990), entre otros libros.

Como en todo el continente, el auge del minicuento venezolano fue en los años 70, época también del poema breve e, incluso, del ensayo mínimo. En esa época, los escritores de minicuentos más importantes eran tres veinteañeros: Ednodio Quintero (1947-), Gabriel Jiménez Emán (1950-), y Armando José Sequera (1953-). Ednodio Quintero publica uno de los mejores libros de minicuentos de la época, *La muerte viaja a caballo* (1973), este libro se caracteriza por una especie de regionalismo de personajes obsesionados que a veces se entremezcla con el realismo mágico, otras con la intertextualidad culta aunque más a menudo con la literatura fantástica. Quince años después, Quintero retoma los cuentos de *La muerte...* y los reelabora para *La línea de la vida* (1988). Con este libro, nos hace descubrir que la brevedad no debe ser despojada y que menos no necesariamente es más. Analizar los escuetos cuentos del primer libro comparándolos con los precisos pero estéticamente más correctos del segundo es una experiencia deliciosa. En los 90, en *Cabeza de cabra* y otros relatos hace la misma operación (retomar y reescribir) con siete de sus minicuentos de los 70.

Este cuento de Ednodio Quintero se publicó en *La línea de la vida*:

Tatuaje

Cuando su prometido regresó del mar, se casaron. En su viaje a las islas orientales, el marido había aprendido con esmero el arte del tatuaje. La noche misma de la boda, ante el asombro de su amada, puso en práctica sus

habilidades: armado de agujas, tinta china y colorantes vegetales dibujó en el vientre de la mujer un hermoso, enigmático y afilado puñal.

La felicidad de la pareja fue intensa, y como ocurre en esos casos, breve. En el cuerpo del hombre revivió alguna extraña enfermedad contraída en las islas pantanosas del oeste. Y una tarde, frente al mar, con la mirada perdida en la línea vaga del horizonte, el marinero emprendió el ansiado viaje a la eternidad. En la soledad de su aposento, la mujer daba rienda suelta a su llanto y a ratos, como si en ello encontrase algún consuelo, se acariciaba el vientre adornado por el precioso puñal.

El dolor fue intenso, y también breve. El otro, hombre de tierra firme, comenzó a rondarla. Ella, al principio esquiva y recatada, lentamente fue cediendo terreno. Concertaron una cita; y la noche convenida ello lo aguardó desnuda en la penumbra del cuarto. Y en el fragor del combate, el amante, recio e impetuoso, se le quedó muerto encima, atravesado por el puñal.

Gabriel Jiménez Emán publicó en 1973 uno de los clásicos del género en Venezuela: *Los dientes de Raquel*. En 1975, dio a conocer *Salto sobre la soga*, colección de textos breves, mas no mínimos y en 1981 *Los 1001 cuentos de 1 línea*, que por supuesto ni son 1001 ni tienen una sola línea. Sus cuentos oscilan entre lo fantástico y el humor leve.

Este es un texto de 1987, único breve del libro *Relatos de otro mundo*:

El idiota

Cuando el sabio señaló la luna, el idiota se quedó mirando el dedo del sabio, y vio que se trataba del índice. Era un dedo arrugado, envuelto en una epidemis desgastada, cuyo tejido anterior se hacía tan fino que el espesor de la sangre,

fragmentado en pequeños puntos rojos, se dividía a su vez en forma de tabique, debido a las líneas irregulares que en grupos de cinco separaban a las falanginas de las falangetas. Por la parte posterior, en la superficie de los nudillos, estas líneas eran más numerosas y parecían nervaduras de hoja, pues el sabio era tan viejo que la piel del nudillo era un pellejo de consistencia inerte, y hasta tenía ciertas marcas de los mordiscos leves que el sabio le había dado en los momentos de reflexión.

En los demás dedos del sabio había ciertos vellos, que el idiota apenas conseguía registrar con el ojo, tal era su concentración en el índice, distintos de aquellos por ser lampiño, con los poros más grandes y de una uña más pronunciada, curva y de una pátina tenue de amarillo. Su superficie se adivinaba casi tan lisa como la de un cristal, y brillaba. El contorno de la cutícula estaba perfectamente dibujado; no había en su línea cóncava ni el más mínimo desprendimiento. El nacimiento de la próxima uña, blanco y puntiagudo, formaba con la cutícula un óvalo que el sabio miraba a veces, encontrando en él una especie de centro universal cuyo significado desconocía. Se detuvo por fin el idiota en la parte superior de la uña, que coincidía exactamente con el nivel de la yema y cuyo borde se inclinaba hacia abajo. Allí el idiota vio, perfectamente reflejada y redonda, a la luna.

Armando José Sequera publicó en 1976, el libro de minicuentos *Me pareció que saltaba por el espacio como una hoja muerta*. Retoma el género en *Escena de un spaghetti western* (1986), en el que los pequeños cuentos establecen relaciones intertextuales con los cuentos de hadas y las secuencias clásicas del cine.

En los años 70 se publicaron libros de cuentos entre los cuales pueden encontrarse textos muy breves como en *Rajatabla* de Luis Britto García (1970); *Imágenes y conductos de Humberto*

Mata (1970); 20 del artista plástico Felipe Márquez, en el que se mezclan minicuentos, noticias de periódico probablemente falsas y dibujos, *Ejercicios narrativos* de José Balza (1976); *Andamiaje* de José Gregorio Bello Porras (1977?); *Textos de anatomía comparada* de Mariela Álvarez (1978) libro más poético que prosaico, como *Los caminos borrados* de Earle Herrera (1979); *Zona de tolerancia* de Benito Yrady (1978)

En los 80 se publican también minicuentos en libros en los que hay cuentos de mayor extensión, como los de Luis Barrera Linares en *En el bar la vida es más sabrosa* (1980); Chevige Guayke, *Faltrikera y otros bolsillos* (1980); Iliana Gómez, *Confidencias del Cartabón* (1981); Luis Britto García, *La orgía imaginaria* (1983); Salvador Garmendia, *Difuntos, extraños y volátiles* (1983) y *Hace mal tiempo afuera* (1986); Eduardo Liendo, *El cocodrilo rojo* (1987). El gran escritor Oswaldo Trejo (1924-1996) publica en 1985 *Una sola rosa y una mandarina*, un libro en el que la brevedad no hace mella en su particular estilo hermético y experimental.

Otra transparencia

Al mar la transparencia, para ellos desazulizándolo, desverdecándolo del lado allá de donde otros cortando, a manera de cubos, las grandes piedras.

Traslado de los cubos, pero sólo mientras la noche cercando las aguas, ya más blancas que las leches.

En actividad hasta la noche llegadera, de colocaje de los cubos, hasta las formas en las superficies de piedra.

Más allá, detrás de lo visible, los lugares del mar en los que las cosas asentándose. Los navíos acaso ya junto a las sacudidas de la especies marinas, en los estertores.

Pasado todo el mar, pasado, pasado. Acá la sequedad y allá del otro lado de los cubos, también la sequedad.

En la década de los 80 sobresalen *Textos para antes de ser narrados* de Alejandro Salas (1980) y *Visión memorable* de Miguel Gomes (1987), libros en su totalidad de textos muy breves, en ambos llama la atención la cantidad de referencias intertextuales (cultas y librescas, como las llama Koch). Salas juega constantemente con la metaliterariedad. Gomes, por su parte, escribe algunas veces textos que más parecen poemas en prosa que cuentos; otras, cuentos con final abierto o instantáneas en las que refleja la ciudad hostil, agresiva, desconcertante. En ambos casos, la narración no es lo más importante, sino más bien lo poético en Salas y lo filosófico aforístico en Gomes, como en este texto de *Visión memorable*:

Cotidiana

Tras una discusión, coloqué a mi mujer sobre la mesa, la planché y me la vestí.

No me sorprendió que resultara muy parecida a un hábito.

En los 90 José Raventós publica *Cuentos cortísimos*, en los que llaman la atención las referencias intertextuales y literarias unidas a finales sorprendivos. Otros autores también dedican un pequeño espacio al texto corto. Eleazar León en *Ejercicio para demonios y otras instigaciones* (1991) retoma la vieja tradición aforística y además nos presenta algunos cuentos obviamente influidos por Borges. Salvador Garmendia en algunos textos de *La gata y la señora* (1991) nos presenta anécdotas de amigos, recuerdos de lugares, estampas de época y descripciones de un instante.

En los 90, veinte años después de su auge, Alberto Barrera (1960) publica una verdadera joya *Edición de lujo* (1990), reelaboración inteligente, sensible y muy hermosa de fábulas y textos de bestiario:

Cigarras y hormigas

Durante ese verano, ese otoño y esa primavera la cigarra cantó, leyó libros maravillosos, se hinchó de frutas de comarcas lejanas, fornicó y bebió hasta desfallecer, durmió sobre el humo de las ramas del sauce. Mientras, la hormiga - que sabe leer y conoce la historia- saqueó con su modestia la montaña, llenó de hojas, migajas y restos de vecinos muertos toda su cueva. Meticulosa, la hormiga pasó el año ahorrando para cuando el viento y la lluvia feroz.

Y llegó el invierno (como suele suceder en la literatura y en el mundo) y arrasó con todos los planetas. Del reino sólo quedaron raíces y hojas de plátano, susurros atrapados bajo el hielo, cadáveres simples y pequeños (cigarras y hormigas, por ejemplo).

También en los 90, Antonio López Ortega (1957) publica tres libros ejemplares: *Calendario* (1991), *Naturalezas menores* (1991) y *Lunar* (1997). El estilo de López Ortega tiene que ver con la autobiografía ficcional o ficción autobiográfica desarrollada en la brevedad. Sus textos son cortos, precisos, con finales abiertos, como descripciones de fotografías familiares. Nada tienen que ver con la intertextualidad evidente de otros autores, ni con el final sorpresivo que se atribuye al minicuento. Lo suyo son historias cotidianas de su vida que el autor nos deja entrever.

Este texto, pertenece a *Naturalezas menores*:

La otra orilla

Como el río voraz que recoge su caudal en la vertiginosa corriente, la imagen vuelve a latir en mi recuerdo. Mi padre ha extraviado el rumbo en alguna carretera de mi infancia y quiere acortar camino atravesando el puente que ya roza peligrosamente la crecida. Mi madre se asusta y dice "no, amor, por aquí no". Pero mi padre ensordece ante la súplica y aventura el Plymouth azul sobre los gruesos maderos de la base. Yo me asomo por la ventanilla, yo me asomo para ver los cauchos sumergidos en el agua marrón, yo me asomo para sentir el temblor del corazón en mi garganta. Una sacudida nos suspende en el aire como si el vehículo respondiera al timón alocado de la balsa que ya casi somos.

Ganada finalmente la otra orilla, apagado el lloriqueo de mi hermana y vueltos a su órbita los ojos de la madre, alcancé a ver el rostro sudoroso de mi padre: una tibia sonrisa, sí, una apuesta que el azar le consentía en las manos temblorosas, una secuencia vuelta pedazos que aun reconstruyo bajo el hierro al rojo vivo de los días.

Sí es intertextual, en cambio, *Libro de animales* de Wilfredo Machado (1956), un exquisito bestiario publicado en 1994, muy influido por Jorge Luis Borges.

Fábula de un animal invisible

El hecho -particular y sin importancia- de que no lo veas, no significa que no exista, o que no esté aquí, acechándote desde algún lugar de la página en blanco, preparado y ansioso de saltar sobre tu ceguera.

A la larga, los rasgos divergentes entre los textos breves, desde los años 20 hasta ahora, no son tantos. Mientras la novela, por dar un ejemplo ha variado mucho desde los años 20 hasta ahora, estos minicuentos siguen manteniendo rasgos comunes: siempre son breves, muchas veces, aunque no siempre, establecen relaciones intertextuales o culturales con otros géneros y siempre están bien escritos. Al mismo tiempo, todos son muy distintos, como siempre sucede con la buena literatura. A la larga, lo que permanece, más que algún estilo específico, es la excelente escritura, ya sea larga o corta.

[[cerrar](#)]

Bibliografía

1. Minicuentistas venezolanos

Armas Alfonso, Alfredo . *El osario de Dios y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993.

Balza, José. *Ejercicios narrativos*. Caracas: Gobernación del D.F/Centro Simón Bolívar, 1976.

Barrera, Alberto. *Edición de lujo*. Caracas: Fundarte, 1990.

Barrera Linares, Luis. *En el bar la vida es más sabrosa*. Caracas: Instituto Universitario Pedagógico de Caracas, 1980.

Bello Porras, José Gregorio (s.d.) *Andamiaje*. Caracas: CELARG.

Britto García, Luis. *Rajatabla*. Caracas: Bárbara, 1970.

Calzadilla Arreaza, Juan. *Muerte básica*. En: VVAA. *Cuerpo Plural*. Caracas: La Gaveta, 1978.

Garmendia, Salvador. *Hace mal tiempo afuera*. Caracas: Fundarte, 1976.

Gomes, Miguel. *Visión memorable*. Caracas: Fundarte, 1978.

Guayke, Chevige. *Faltrikera y otros bolsillos*. Caracas: Equinoccio, 1980.

Jiménez Emán, Gabriel. *Los 1001 cuentos de una sola línea*. Caracas: Fundarte, 1981.

_____. *Los dientes de Raquel y otros textos breves*. Caracas: Monte Avila, 1993.

León, Eleazar. *Ejercicios para demonios y otras instigaciones*. Caracas: Fondo Editorial Orlando Araujo/Dirección de Cultura UCV, 1991.

Liendo, Eduardo. *El cocodrilo rojo*. Caracas: Selevén, 1987.

López Ortega, Antonio. *Calendario*. Caracas: Monte Avila, 1990.

_____. *Naturalezas menores*. Caracas: Alfadil, 1991.

_____. *Lunar*. Caracas: Fundarte, 1997.

Machado, Wilfredo. *Libro de animales*. Caracas: Monte Avila, 1994.

Márquez, Felipe. *20*. Caracas: s/r, 1975.

Mata, Humberto. *Imágenes y conductos*. Caracas: Monte Avila, 1970.

Quintero, Ednodio. *La muerte viaja a caballo*. Mérida: La draga y el dragón, 1974.

_____. *La línea de la vida*. Caracas: Fundarte, 1988.

Ramos Sucre, José Antonio. *Obra completa*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980.

Raventós, José. *Cuentos cortísimos*. Mérida: Solar, 1991.

Salas, Alejandro. *Textos para antes de ser narrados*. Caracas: Fundarte, 1980.

Sequera, Armando José. *Escena de un spaghetti western*. Caracas: Ediciones OOX, 1986.

Trejo, Oswaldo. *Una sola rosa y una mandarina*. Caracas: La draga y el dragón, 1985.

2. Teorías sobre el minicuento

Bell, Andrea. "El cuento breve venezolano contemporáneo", *Revista Interamericana de Bibliografía*, N° 1-4, Vol. XLVI. Washington, 1996.

Brasca, Raul. "Prólogo", **2 veces bueno 2. Más cuentos brevísimos latinoamericanos**. Buenos Aires: Desde la gente, 1997 .

Epple, Juan Armando. "Brevísima relación sobre el mini-cuento en Hispanoamérica", *Puro cuento*, 10. Buenos Aires, mayo/Junio, 31-33, 1988.

_____. "Brevísima relación sobre el mini-cuento", *Brevísima relación*. Santiago de Chile: Mosquito, 1990.

Fernández Ferrer, Antonio. "La mano de la hormiga" [Introducción], *La mano de la hormiga. Los cuentos más breves del mundo y de las literaturas hispánicas*. Madrid: Fugaz, 1990.

Koch, Dolores M. "El micro-relato en México: Julio Torri, Juan José Arreola y Augusto Monterroso". City University of New York. Ph.D. Dissertation, 1986.

Miliani, Domingo. "Alfredo Armas Alfonzo: maestro del mini cuento", *Una valoración de Alfredo Armas Alfonzo*. Cumaná: Centro de Actividades Literarias José Antonio Ramos Sucre/Consejo Nacional de la Cultura, 1987.

Miranda, Julio "El cuento breve venezolano contemporáneo", *Revista Interamericana de Bibliografía*, N° 1-4, Vol. XLVI. Washington, 1996.

Pacheco, Carlos y Luis Barrera Linares (comp). *Del cuento y sus alrededores*. Caracas: Monte Avila, 1996.

Rama, Angel. *El universo simbólico de José Antonio Ramos Sucre*. Cumaná: Imprenta de la Universidad de Oriente, 1978.

Rojo, Violeta. "El minicuento: caracterización discursiva y desarrollo en Venezuela", *Revista Iberoamericana*, 166-167. Enero-junio, 1994.

_____. *Breve manual para reconocer minicuentos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco, 1997.

Sequera, Armando José. "Alfredo Armas Alfonzo, iniciador del cuento breve en Venezuela", *Una valoración de Alfredo Armas Alfonzo*. Cumaná: Centro de Actividades Literarias José Antonio Ramos Sucre/Consejo Nacional de la Cultura, 1987.

_____. "Apuntes sobre el minicuento en Venezuela", "Papel Literario" de *El Nacional*. Caracas, 25/3/90.

Zavala, Lauro. "El cuento ultracorto: hacia un nuevo canon literario", *Revista Interamericana de Bibliografía*, N° 1-4, Vol. XLVI. Washington, 1996.